

Alas Rotas *elite* Nitzuga Mangoré

Sabía a Mangoré enfermo del corazón. Nuestra intimidad caraqueña de largas y fraternales semanas me dió todos sus secretos. Y él estaba orgulloso de su dolencia noble y gozoso de la infalibilidad de su muerte fulminante, sin dolores, esculapios y emplastos. Fué muy artista el insigne indio paraguayo y odiaba los trajes domésticos de una larga enfermedad y la maloliente atmósfera de un cuarto de enfermo, con miedos, drogas y sigilos piadosos.

Agustín Barrios Mangoré, ilustre mestizo del Paraguay, estudioso e ilustrado discípulo de los Jesuitas que protegió el abominable e inmortal Dr. Francia, jamás quiso ir a Europa. Era un pan-hispanoamericano exaltado y nada quería pedirle ni ofenderle a los europeos. Su arte, sus ideales, sus vigores de cuerpo y espíritu los quería para su Indo-América, vasta y solemne, desde México al estrecho de Magallanes. Al promedio de su vida, sobre la treintañada, resolvió exhibir en teatros y ateneos su arte de maravilla. Mucho y lento estudió en silencio, devoto de la augusta soledad de las selvas de su patria, y al fin fué a Buenos Aires para convencerse que su arte de magno guitarrista no era en nada inferior, —en calidad y densidad,—al muy elogiado y “periodístico” de los “virtuosos” españoles Segovia y Sáinz de la Maza, huésped este último hoy de Santiago de León y del Avila.

Y pasó luego a Uruguay, triunfando rotundamente en el ecléctico ambiente artístico de Montevideo. Y más tarde al Brasil, gigantesco y fabuloso. Las luengas y exuberantes tierras brasileñas le fueron propicias y allí encontró el rumbo definitivo de su arte y la Musa suprema de su vida. Y Gloria se llama la viuda, esposa ejemplar y la mejor de las camaradas de andanzas bohemias y teatrales. Conoció Nitzuga Mangoré las rutas felices de los dos océanos de su América y las ovaciones unánimes formaron orfeón en su homenaje en Río de Janeiro, Buenos Aires, Pará, Río Grande do Sul, Montevideo y Caracas, y en Bogotá, Quito, Lima, Guayaquil, Valparaíso y Santiago. También oyó en las almas blancuras de La Paz el sonoro latir victorioso del corazón novicontinental. Quería Mangoré visitar con su mágica guitarra,—cuyo himno triunfal fué siempre su Diana Guarani,—dar conciertos en Puerto Rico, Habana y Ciudad de México. No le alcanzaron ni el tiempo ni los alientos: murió há poco y súbitamente en Panamá, en lo más fuerte de su vigor zenital, orladas sus amplias sienas indias con los laureles de un Continente.

Mangoré quiso mucho a Caracas, sabidor de su hospitalidad y de su viva comprensión artística. Aquí lo amaron y aplaudieron mucho, y jamás ningún concertista alcanzó la cúspide de las XXV audiciones “municipales”. Y, además de la camaradería musical, logró excelentes amigos sociales. Se fué de Caracas con íntima pesadumbre y ni las angustias y triunfales alegrías de la cruenta guerra de su pueblo con el boliviano consiguieron hacerlo olvidar de sus caraqueños amigos. Anhelaba volver siquiera fuera de simple turista. En sus frecuentes cartas me de-



Agustín Barrios Mangoré fué íntimo amigo de Raúl Carrasquel y Valverde, con quien aparece en este excelente grupo.—(Foto S. Núñez G.)

cia de sus amables recuerdos del “Toboso” petareño y de su hidalgo dueño Tito Salas; del Avila y sus diversas horas lumínicas; del Calvario y de El Paraíso, todo blasonado con su ingente fervor a las glorias y las gestas del Libertador, el Gradillero Máximo.

Alguien dijo con admirable acierto que Agustín Barrios Mangoré había hecho de la guitarra “una península de su corazón”. Cierto y acierto. Mangoré fué un idióatra de su guitarra por más que también amaba el violín. Fué ejecutante magnífico y egregio compositor. Muy instruído en los mayores autores de todas las razas y épocas cuidóse escrupulosamente de aprovechar influencias o reminiscencias. Así, con severidad de auto-crítico, consiguió perfecta, absoluta, indisputa originalidad, rindiendo apenas oblación a tradicionales lejanías de su tierrecita paraguaya, de propiedad plural. Iba por las Américas con su Gloria viva y su guitarra maravillosa “armonizando”.

Le conocí de cerca. Estuve largos minutos muy estrechado con su robusto corazón enfermo y supe de sus afectos y de sus escasos rencores. Fué poeta del ritmo escrito y del bondadoso sentimiento universal. Huraño, tímido, quizás receloso, siempre fué cordial e invariable para su antología amistosa. Y nada quería saber de números y taquillas, nada de “planillas” ni de dineros. Vivió intensamente, sigilosa y herméticamente, los acordes viejos o inéditos de su dócil guitarra veterana, poniéndola, aun en público, al rescoldo de sus aurículas y ventriculas como para darles vida y bondad magnificentes.

Duelo magno de las Américas luso-hispanas la muerte brusca de Agustín Barrios Mangoré. Estaba en lo mejor y lo mayor, cifrando el medio siglo. En Panamá ha muerto, oyendo tal vez la cólera armoniosa de los océanos, el mestizo artista y taumaturgo. Gloria deshecha en lamentos y alas rotas sobre el meridión...

Raúl CARRASQUEL Y VALVERDE.

Caracas: 17 Febrero y Mil 934.